

américa en el pensamiento de alfonso reyes

ANTOLOGÍA

Prólogo y selección de
JOSÉ LUIS MARTÍNEZ



América
en el
pensamiento
de Alfonso Reyes

Prólogo y selección

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE BOLSILLO

Primera edición (B Costa-Amic), 1965
Primera edición (FCE, Biblioteca Universitaria de Bolsillo), 2012

[Primera edición en libro electrónico, 2013]

Reyes, Alfonso

América en el pensamiento de Alfonso Reyes / Alfonso Reyes ; pról. y selec.
de José Luis Martínez — México : FCE, 2012.

202 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Biblioteca Universitaria de Bolsillo)

ISBN 978-607-16-0874-1

1. Ensayos 2. Literatura mexicana — Siglo XX I. Ser. II. t.

LC PQ7298

Dewey M864 R457a

Distribución mundial

D. R. © 2012, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: León Muñoz Santini

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere
el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-0874-1 (rústico)

ISBN 978-607-16-1451-3 (epub)

ISBN 978-607-16-3818-2 (pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	9
El presagio de América	39
Entre España y América	101
Valor de la literatura hispanoamericana	108
Notas sobre la inteligencia americana	119
Atenea política	130
Homilía por la cultura	156
Posición de América.	177
<i>Cronología</i>	197
<i>Referencias bibliográficas en el FCE</i>	201

PRÓLOGO

LA EMPRESA DE SU GENERACIÓN LITERARIA

Fue Alfonso Reyes el benjamín de aquella notable y todavía no superada generación de escritores que formó hacia 1910 el Ateneo de la Juventud y que, al emprender una revolución intelectual paralela a la política y social que por entonces se iniciaba, fundaría las bases de la cultura contemporánea de México. Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña eran los maestros de aquel grupo excepcional; Enrique González Martínez y Luis G. Urbina, los “hermanos mayores”, y junto a ellos se convertían en maestros José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Alejandro Quijano, Genaro Fernández Mac Gregor, Luis Castillo Ledón y Ricardo Gómez Robelo.

El mismo Reyes ha reseñado¹ las principales fases de aquel movimiento renovador de ideas. La primera campaña, todavía en el ámbito estético del modernismo, fue la publicación, en 1906, de *Savia Moderna*. En el mismo año, se efectúa la exposición de pintura organizada por esa revista y animada por el Dr. Atl, recién llegado de Europa, en la que se daría a conocer Diego Rivera.

Por 1907 —cuenta Alfonso Reyes—, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisa-

¹ Alfonso Reyes, “Pasado Inmediato”, en *Pasado inmediato y otros ensayos*, El Colegio de México, México, 1941, pp. 3-64; *Obras completas*, t. XII, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 182-216.

mente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas desde el kiosco público [...] Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó “buenos hijos de Grecia”. La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos.²

Suspendida la publicación de la revista *Savia Moderna*, la actividad continuó ahora a través de una Sociedad de Conferencias.

El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fue extendiéndose —recuerda Reyes— nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.³ La afición de Grecia —sigue narrando Alfonso Reyes— era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo.⁴

En 1908, ante los ataques de los conservadores, se honró la memoria de Barreda y se dio expresión a una nueva

² *Ibid.*, p. 49.

³ *Ibid.*, p. 50.

⁴ *Ibid.*, pp. 50-51.

conciencia política, ya emancipada del régimen dictatorial. Tras de un segundo ciclo de conferencias, en el Conservatorio Nacional, vienen, en 1909, las memorables conferencias de Antonio Caso que liquidan la vigencia del positivismo, doctrina oficial del porfiriato, y abren nuevos horizontes filosóficos. A fines del mismo año se funda el Ateneo de la Juventud, concreción definitiva del grupo, que sesiona quincenalmente, durante varios años, en la Escuela de Derecho. Sus actividades públicas más importantes continúan siendo las conferencias y en ellas predomina la preocupación por la valoración crítica de la cultura mexicana e hispanoamericana. Son particularmente significativas a este respecto las que organiza el propio Ateneo de la Juventud en 1910, en la Escuela de Derecho: *La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos*, por Antonio Caso; *Los Poemas rústicos de Manuel José Othón*, por Alfonso Reyes; *La obra de José Enrique Rodó*, por Pedro Henríquez Ureña; *El Pensador Mexicano y su tiempo*, por Carlos González Peña; *Sor Juana Inés de la Cruz*, por José Escofet, y *Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas*, por José Vasconcelos. Años más tarde, Francisco Gamoneda promueve, en la Librería General, una nueva serie de conferencias: *Don Juan Ruiz de Alarcón*, por Pedro Henríquez Ureña; *La literatura mexicana*, por Luis G. Urbina; *Música popular mexicana*, por Manuel M. Ponce; *La novela mexicana*, por Federico Gamboa; *La arquitectura colonial mexicana*, por Jesús T. Acevedo. Dentro del mismo impulso intelectual puede comprenderse un ensayo de Alfonso Reyes publicado por estos años, *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* (1910).

En el mismo año del centenario de la Independencia, Justo Sierra funda la nueva Universidad Nacional y organiza, dentro de ella, la Escuela de Altos Estudios; en su magno discurso de inauguración, el maestro Sierra fija no sólo la

empresa que toca a aquella institución sino la empresa cultural del México que entonces nace. Ya iniciada la Revolución, todavía se mantiene por algunos años la actividad de los ateneístas a pesar de que su dispersión se ha iniciado. Caso inicia sus brillantes cursos filosóficos en la Universidad; González Martínez, Henríquez Ureña y Reyes enseñan literatura en la Escuela de Altos Estudios, y en 1912 los que aún quedan en México, y nuevos aliados, fundan la Universidad Popular, “escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias”.⁵ El escudo de la Universidad Popular, cuya obra duraría 10 años, tenía por lema una frase de Justo Sierra: “La Ciencia protege a la Patria”.

El mensaje espiritual y el nuevo ideario que fueron postulados por los escritores que se agruparon en el Ateneo de la Juventud contenían, como habrá podido advertirse, un amplio repertorio de intereses destacados y un firme propósito moral. Aquellos focos de atención pueden concretarse como sigue: conocimiento y estudio de la cultura mexicana, en primer término; las letras clásicas; las grandes figuras literarias españolas de los Siglos de Oro; las letras inglesas y francesas antiguas y modernas, y las nuevas direcciones del pensamiento filosófico. Al mismo tiempo, los ateneístas renovaban los principios y las técnicas críticas para el examen de las obras literarias y filosóficas; buscaban un reconocimiento del pensamiento universal que nos mostrara la propia medida y calidad de nuestro espíritu, y aspiraban a la integración de la disciplina cultivada en el cuadro gene-

⁵ *Ibid.*, pp. 59-60.

ral de las disciplinas del espíritu. Su propósito moral, que acaso no necesitó enunciarse, fue el de emprender toda labor cultural con una austeridad que pudo haber faltado en la generación inmediata anterior. Los nuevos escritores no se confiaron ya a las virtudes naturales de su genio ni se entregaron, seguros de su gloria, a los placeres de la bohemia; percatados, por el contrario, de la amplitud de la tarea que se habían impuesto, conscientes de sus deberes cívicos tanto como de su responsabilidad humana, alentados por los ejemplos venerables de heroísmo moral e intelectual con que se nutrían en aquellas lecturas colectivas cuyo ejemplo perdura, los ateneístas mudaron radicalmente los ideales de vida de sus predecesores por otros, si menos brillantes, más fértiles para su formación intelectual.

Al preguntarse cuál sería el espíritu distintivo del grupo, Henríquez Ureña contestaba que sin duda era el filosófico, y así puede confirmarlo la condición esencial de las obras de los más conspicuos ateneístas: Caso, Vasconcelos, Reyes. En ocasiones, como la obra del maestro Caso, ésta es exclusivamente filosófica. En las de Vasconcelos y Reyes, se unen las proyecciones filosóficas y aun científicas con las literarias, y en las de todos los demás ateneístas puede apreciarse siempre, junto a la obra de creación, la huella humanista, intelectual y crítica que caracteriza al grupo.

EL INVESTIGADOR Y EL DIPLOMÁTICO

Tal fue la formación intelectual de Alfonso Reyes que, benjamín de su generación (había nacido en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo de 1889), llegaría a convertirse en el representante más característico de sus virtudes e intereses culturales. Porque si otros ateneístas, como Vasconcelos,

Guzmán o González Peña, tienen en sus obras proyecciones que escapan o contradicen las del Ateneo, Reyes, en las varias etapas de su larga y admirable obra, habría de llevar al máximo de sus posibilidades y a su mayor esplendor el espíritu del Ateneo.

Tras de estos decisivos años ateneístas, Alfonso Reyes sale a Europa. Luego de desempeñar un puesto diplomático en Francia, va a España, donde permanecerá de 1914 a 1924, en uno de los periodos más intensos y fructíferos de su vida y de su obra. Allí servirá de nuevo cargos diplomáticos, pero, al mismo tiempo, cumplirá una nueva etapa de su formación literaria: su adiestramiento como investigador filológico en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por don Ramón Menéndez Pidal. Sus compañeros son maestros luego ilustres: Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís, Antonio G. Solalinde. Escribe entonces algunas de sus obras más notables: *Visión de Anáhuac* (1917), *Simpatías y diferencias* (1921-1926) e *Ifigenia cruel* (1924), y hace también periodismo: es uno de los redactores de *El Sol* y colaborador de planta de la *Revista de Filología Española*. Ha conquistado ya una técnica y un espíritu de investigador que darán a sus obras un rigor y una solidez que permanecerán, aun invisibles, si las disimulan todas las gracias de su ingenio.

En los años siguientes, afirma su sentido universal con nuevos viajes, ahora como ministro plenipotenciario y luego como embajador, y largas permanencias, otra vez en Francia y en España, y en la Argentina y Brasil, en Uruguay y en Chile, países que dejarán huella en su obra y en los que él dejará también un testimonio permanente.

LOS AÑOS DE LA COSECHA

A principios de 1939, regresa definitivamente a México para emprender la opulenta cosecha que, aunque no había dejado de dar sus frutos en los años de viajero, ahora, de nuevo en su patria y asentado definitivamente el templo de su trabajo —su rica biblioteca y sus archivos—, multiplicará un ritmo que había sido siempre generoso. Aquí organiza y preside La Casa de España que luego se transforma en El Colegio de México. Preside desde 1957 hasta su muerte la Academia Mexicana de la Lengua y es miembro fundador del Colegio Nacional. Enseña literatura y explica temas humanistas. Universidades le otorgan honores académicos e instituciones culturales de Europa y América solicitan para él el Premio Nobel. En 1955, al cumplirse cincuenta años de su carrera literaria, se comienza la publicación de sus *Obras completas*. La plenitud de su obra y la constancia de su vocación intelectual le dieron un título que nadie pudo disputarle, el de nuestro más distinguido hombre de letras. En pleno trabajo, la muerte, que tan insistentemente se le había anunciado, rindió su exhausto corazón la mañana del 27 de diciembre de 1959, y fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres, de la capital mexicana.

LAS GRANDES DIRECCIONES DE SU OBRA

Ya en los principios literarios de Alfonso Reyes, en aquellas celebradas y juveniles *Cuestiones estéticas* (1911), pueden descubrirse los gérmenes de las grandes direcciones que seguirá su monumental obra posterior: la cultura clásica, la investigación teórica de la literatura, las letras españolas, francesas, inglesas y mexicanas, la fantasía y el ensayo, Goethe

y Mallarmé, aficiones que frecuentará y desarrollará en sus libros siguientes, tienen en aquél de su juventud un afortunado nacimiento. Como entonces se anunciaba, ensayista habrá de ser primordialmente Alfonso Reyes, aunque haya quien lo sienta, en atención a su hermosa obra lírica, ante todo poeta, y cultive también la prosa narrativa y el drama. Alerta su curiosidad hacia todos los rumbos, atento siempre a las manifestaciones del espíritu allí donde surjan, conquistador y propagador de las tradiciones fundamentales de la cultura, universal y enciclopédico, maestro en todos los registros de la pluma, Alfonso Reyes realizará en México el más cumplido ejemplo del hombre de letras.

LÍRICA E IMAGINACIÓN

Cabal hombre de letras, Alfonso Reyes adorna los prestigios de su pluma con una poesía que, aunque cultivada junto a muchas otras disciplinas, las ilumina a todas. En la historia de las letras mexicanas, el lugar de su obra poética no puede limitarse exclusivamente dentro de la generación ateneísta, cuya afición lírica fue secundaria. *Huellas* (1922), el primer libro de versos de Reyes, aparece ya lejos de los días del Ateneo, aunque incluya composiciones fechadas entre 1906 y 1919; y, por otra parte, el carácter de la poesía de aquel libro y de todos los posteriores, rebasará la estética de los años iniciales del siglo para venir a enlazarse con la más reciente. En pocas obras poéticas nuestras se ostenta tan exquisita y cultivada sensibilidad como en la de Alfonso Reyes. Nada ocurre en ella por acaso, aunque todo surja como una canción libre y fluida que reúne con acierto único los polos del hermetismo y del popularismo. Pero acontece que su lírica no sólo está educada en Góngora y Mallarmé sino

en toda la poesía del mundo, y por ello puede ser, cuando quiere, popular, pero popular fincada en las más finas raíces tradicionales y buida de los más sutiles refinamientos. Su poesía es la de quien ha frecuentado mucha vida y mucha literatura y ha aprendido a reservar lo más puro, fugitivo, estremecedor y delicioso para esa comunicación de lo inefable. Mas, al mismo tiempo, y como una nueva prenda de la universalidad de su espíritu, Reyes sabe también pulsar como un maestro las demás cuerdas de la lira. Su certero gusto le permite servirse confiadamente de lo pintoresco, lo anecdótico o lo coloquial, por ejemplo —registros ausentes en la mayoría de las obras de nuestros poetas— y que él aprovecha con una sabiduría que le hace conocer aquello que sigue y seguirá siendo poesía por encima de las modas actuales, con exceso restringidas en sus temas y formas. Pero si es por igual afortunado en los versos de circunstancias de *Cortesía* (1948) que en aquellos que guardan la nostalgia de su tierra o el aroma sentimental de sus viajes; y en los divertimientos literarios lo mismo que en las evocaciones de temas clásicos, hay en su poesía una veta singularmente feliz: la que deja fluir la música íntima de su melancolía en romances que han llegado a crear, dentro de la forma tradicional, un género nuevo, de interiorizada y sutil melodía.

Sitio destacado en su vasta obra tiene *Ifigenia cruel* (1924), el hermoso poema dramático, que junto a su valor teatral y a su importancia como recreación del mito heleno, sobresale por su poderoso lirismo y por cuanto nos ayuda a la comprensión psicológica de su autor. Sublimando en el molde de la antigua leyenda su propia aventura, Reyes acertó a realizar una de sus obras de más perdurable y profunda emoción poética.

En los volúmenes titulados *Verdad y mentira* (1950) y

Quince presencias 1915-1954 (1955) reunió Alfonso Reyes la mayor parte de sus escritos narrativos o de fantasía desde los de *El plano oblicuo* (1920) hasta *Los siete sobre Deva* (1942), pasando por *La casa del grillo*, *El testimonio de Juan Peña*, *Pasión y muerte de Dona Engraçadinha*, *Fábula de la muchacha y la elefanta* y otros relatos sueltos. Estos cuentos, diálogos y narraciones tienen una condición especial dentro del género de ficción. Se apartan por lo general de la prosa narrativa pura —traslúcida, que sólo quiere servir de invisible puente para trasladar al lector al mundo y a los hechos que cuenta—, para entregarse, en cambio, a los atractivos de la imaginación, al deleite mismo del narrar y al juego de la prosa. Su autor no oculta su condición esencial de poeta y ensayista para quien las palabras son tanto significados y significantes como también magia y música. Acaso por ello las ficciones de Alfonso Reyes parezcan más aptas para crear situaciones y climas, cargados de alusiones y de sutiles observaciones, cargados de humanidad y de sentido novelesco, que no para conducir una narración, con lo que dejan de ser en verdad “cuentos”, por el otro extremo del género. Pudiera, pues, decirse de estos cuentos y narraciones que, en su mayor y más representativa porción, son ensayos y fantasías acerca de situaciones, climas y personajes novelescos. Y en ello mismo reside su encanto: en lo personal y sugestivo de su perspectiva y de su textura, en el rico y ondulante juego del ingenio de su autor, y en su humor, su gracia y su hondura, siempre tan discretamente distribuidos.

LOS CAMINOS DEL ENSAYISTA

Con sólo los ensayos de Alfonso Reyes pudiera integrarse una antología que mostrara la mayor parte de los abundan-



tes tipos y formas que suele adoptar el género. Y si se prefiriera formar un inventario de sus temas, advertiríanse las múltiples direcciones que siguen los ensayos de Reyes: divagaciones puras, crítica literaria, temas humanistas, teoría literaria, meditaciones americanas y asuntos misceláneos. Formas y temas varios han ido alternándose y conjugándose en su obra con una distribución que recuerda la de una vida bien ordenada, planeada por un hombre sensato. Meditaciones sobre nuestro destino mexicano y americano y juegos poéticos; reflexiones sobre el fenómeno literario y fantasías en donde toda curiosidad tiene cabida; la antigüedad clásica traída hasta nuestras actuales preocupaciones y llamadas de atención hacia la modernidad, y aun la gracia y la malicia dejando un rastro amable entre la sequedad de las investigaciones, o la lección moral y filosófica en aquellos divertimientos que parecen pura frivolidad. Elástica juventud de Alfonso Reyes, tal la de un pensador que sabe a la vez practicar con gallardía los deportes y no desdeña, a su tiempo, entregarse a la pura delicia de lo intrascendente. Quizás él no suscribiera del todo aquella petulante afirmación de Ortega y Gasset, que pretendía que el pensador había de abstenerse de toda participación en la vida misma, para situarse sólo en puro espectador de su movimiento, o lo que en más llano castellano suele llamarse “ver los toros desde la barrera”. Ortega asistía de mala gana al golf y especulaba desde su palco: Reyes prefirió jugarlo, como prefirió también jugar la vida, aunque luego se escondiera en su taller para apuntar sus meditaciones. Y aun en su retiro, no impidió que a su obra llegaran los rastros del bullicio, el aroma mismo de la vida. Había descubierto en ellos una gracia única, una frescura que se enseñó a usufructuar con maliciosa sabiduría.

Ordenándolos en atención a sus formas literarias, antes

que por sus temas, los ensayos de Alfonso Reyes pueden repartirse en varios grupos que gradualmente van descendiendo de la creación literaria pura a la circunstancialidad periodística.

1. *Ensayo como género de creación literaria*. Es aquella forma más noble e ilustre del ensayo, a la vez invención, teoría y poema. Se inicia, dentro de la obra de Reyes, con uno de sus escritos más felices, la *Visión de Anáhuac* (1917), síntesis de perfecta hermosura sobre el origen, el destino y la misión de México, como *Palinodia del polvo* (1940), en cierta manera complemento y respuesta de la *Visión de Anáhuac*, y *Por mayo era, por mayo* (1940) sobre el tema eterno de la flor.

2. *Ensayo breve, poemático*. Casi de la misma índole que el anterior, aunque más breve y menos ceñido, a la manera de apuntes líricos, filosóficos o de simple observación curiosa. Lo representan algunos de los libros de lectura más placentera y vivaz que escribió Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid* (1917), *Calendario* (1924) y *Tren de ondas* (1932), además de muchos otros semejantes que andan dispersos en sus libros.

3. *Ensayo de fantasía, ingenio o divagación*. En ellos despliega Reyes, a la manera inglesa, la frescura de su gracia e ingenio, su extremada habilidad y su virtuosismo literarios. Algunos de estos ensayos forman las encantadoras y doctas *Memorias de cocina y bodega* (1953); otros los ha reunido en *Ancorajes* (1951) —*La casta del can, Breve visita a los infiernos*— y en el precioso librito *Árbol de pólvora* (1953), y otros se publicaron en la revista *Letras de México* —*Al diablo con la homonimia e Historia natural das Laranjeiras*—. Constituyen un género ensayístico muy personal de Alfonso Reyes y en el que no admite comparación. Y si él es un maestro consumado en los temas doctos, nunca se